

***Una mujer en papel***

*Memorias inconclusas de Rita Macedo,*  
*Recopilación y edición de Cecilia Fuentes.*

Editorial Trilce, México, cuarta edición, 2020.

Por Carlos Elbert

Estamos ante un libro autobiográfico por demás paradójico y apasionante.

En primer lugar, tiene un relato a cuatro manos (y hasta a seis), ya que el texto, escrito por Rita Macedo en vida, fue recuperado (tras su suicidio) por la hija, (Cecilia Fuentes) décadas más tarde, complementándolo con abundantes fotografías de sus padres, de sus medio hermanos y de muchos parientes y amigos que conformaron la constelación en torno a las vidas de **Rita Macedo y Carlos Fuentes**, quien, por su lado, aporta abundantes cartas familiares. Sí, repito: Carlos Fuentes, una estrella fulgurante en el campo de la literatura latinoamericana y mundial y un rico paso por la política, la cultura, el cine, la diplomacia, etc., etc., Nadie menos que semejante personalidad, fue el esposo de la famosa actriz Rita Macedo y el padre de Cecilia. Cuando Cecilia Fuentes se lanzó al fin a publicar la biografía de su mamá, a lo ya enumerado agregó en el libro sus opiniones propias, intercalando síntesis narradas de la correspondencia que sus progenitores mantuvieron a lo largo de años de constantes separaciones geográficas. Tras el fallecimiento de Carlos Fuentes, su Legado no permitió que esas cartas fuesen publicadas como tales, pese a lo cual algunas aparecen en la edición, siendo el resto referenciadas por Cecilia dentro del relato de su mamá. Además, fueron adicionadas al texto las excelentes caricaturas e ilustraciones con que el talentoso Fuentes adornaba las misivas para su hija.

En los párrafos precedentes quedó descripta la propuesta y (como hubiera dicho García Márquez) “la costura” interior del texto. Ahora es el momento de la confrontación con tan ricos y dramáticos contenidos. Y se hace imprescindible una aclaración previa: que quien esto escribe es argentino, o sea proveniente de una cultura que no tiene casi puntos de contacto con la milenaria evolución de México, y que interpreta este relato con la perplejidad de quien mira lo ajeno dudando asimilarlo correctamente. Se me ocurre que he devorado este libro con

una mirada semejante a la de Cortés cuando Tenochtitlán apareció ante sus ojos. En suma, confieso que mi subjetividad fue puesta a prueba con las confesiones extremas que se suceden en el libro de Rita Macedo-Cecilia Fuentes.

Y ahora sí, entrando en el contenido, una primera aproximación podría etiquetarlo como tormentoso, desaforado, violento, crudo, extremo, arrollador como un tornado, siempre impiadoso, y excepcionalmente tierno y cálido. La primera idea que se me ocurrió al concluir la lectura, fue que los culebrones con los que la televisión mexicana inundó a América Latina se quedaron cortos. En efecto, la dramática vida de Rita Macedo pasó por todas las circunstancias que en las telenovelas se explotan con fines comerciales: hay prostitución, droga, homosexualidad, celos, envidias, odios y reconciliaciones, infidelidades a go-go y de todos los tipos y entrecruzamientos, suicidios, intolerancia social, racial y política, traiciones y revanchas crueles, relaciones sádicas y masoquistas, desequilibrios psicológicos, relaciones perversas de madres a hijas, de hijas a madres y padres abandonados de hijos que, en la casi totalidad de los casos, debieron crecer solos, metidos de apuro con parientes o en internados nacionales e internacionales (¡no por días o semanas, sino durante años!). Y todo ello con Carlos Fuentes como cereza del postre, en la cima del cuadro familiar, desplazándose continuamente de un continente a otro, de capital en capital, viajando en buques por temor a los aviones, enigmático y fascinante por aspecto, cultura y personalidad, seduciendo a cuanto ser humano se le ponía enfrente, pero con especial dedicación a los del sexo femenino.

El mayor reconocimiento que debo hacer a las relatoras de este libro es la franqueza. Una franqueza que no es habitual encontrar en las relaciones cotidianas, y que en el estilo del libro tiene la contundencia de derechazos al mentón. El lector sale de una confesión apabullante, para ingresar enseguida en otras no menos íntimas y habitualmente vergonzantes. En mi país, estas cosas sólo se le cuentan al psicoanalista, y creo, en consecuencia, que la vida y obra de Rita Macedo podría ser tomada como material de estudio en las facultades de la especialidad. Por cierto, reconozco que los seres humanos no somos portadores de una “normalidad tipo”, y que, en definitiva, constituimos una mezcla de virtudes y vicios, que nos pueden llevar a ser el Dr. Jekyll o Mr. Hyde, a veces de un momento a otro, como parte de nuestra dualidad genética. Sin embargo, la frontalidad del relato resulta tan abrumadora, que en ciertos momentos se puede pensar que son exageradas, o que la premura de su redacción compactó

una especie de continuo de calamidades que llevaban de la mano al inevitable final del suicidio de la protagonista, actriz ella misma, que seguramente habrá representado su muerte alguna vez en las pantallas o en la escena.

Como autor de mi propia biografía (1), el principal problema que debí afrontar al “relatarme” fue la manera de controlar la tendencia instintiva a la autoestima, a la tentación de pintarse uno mismo como víctima de las maldades ajenas, acaparando sólo las buenas acciones. Y por las dudas, pese a mi esfuerzo para no caer en la tentación, adicioné a mi trabajo un capítulo autocrítico, en el cual pasé revista a mis peores defectos, errores y manías que pudieron haber afectado a otros. Por esta experiencia previa, mientras leía el texto de Macedo, sentí la sospecha de que en su relato en primera persona se colaban autocompasiones, auto-elogios y justificaciones a su modo de ser y conducirse. Y mi sospecha se confirmó al leer el capítulo final de la hija, en el que “ajusta cuentas” con su madre, y fortalece mi interpretación de que tuvieron, efectivamente, una relación intensísima, pero de amor-odio, que habría replicado con bastante detalle la que Rita vivió con su propia madre, según su relato. Este capítulo revela diferencias de apreciación de episodios y situaciones compartidas con Rita, y fortalece la sospecha señalada, de que es preciso tomar cierta perspectiva del relato de Macedo, por resultar bastante concesiva consigo misma. También cabe acotar, en su defensa, que ella no era una escritora experimentada, y que volcó sus vivencias en el papel como las sentía, sin miramientos estilísticos. Con todo, me trajo a la memoria a una amiga mexicana que se refería siempre a sus graves y reiterados errores (que la llevaron a la ruina), diciendo “En mi

1 “La vida es un relato”, Carlos Elbert, Prosa Editores, Buenos Aires, 2015.

vida tomé decisiones equivocadas”, con lo cual la culpa se la endosaba al azar y no a su propia personalidad, que la hacía chocar compulsivamente con la misma piedra, sin aprender nunca a evitarla.

Por cierto, un párrafo aparte merece el comportamiento de Carlos Fuentes, en su carácter de esposo y padre de Cecilia. Del relato de Rita surge la sutil sensación de que Fuentes la traicionó, abandonándola junto con su hija, por lo cual sería el responsable, al menos indirecto, del derrumbe final de una pobre mujer decepcionada. Su hija afirma lo opuesto, y,

curiosamente, expresa bastante amor y gratitud hacia la figura paterna. ¿En cuál versión creer? Por mi parte, me permito hacer unas salvedades, que no implican absolver de culpa y cargo a Fuentes. En primer lugar, destaco que la Rita esposa guareció su existencia al cobijo de él por completo, concediéndole todo, incluso el derecho a tener las amantes que deseara, aventuras que luego comentaban en detalle y jocosamente, cuando el galán regresaba al hogar. Por otra parte, y al margen de estos detalles íntimos, no estoy muy convencido de que la vida que llevó Fuentes pudiera ser calificada de “envidiable” o “fascinante”. Se diría que le tocó el sino (no casual) de la vida de los diplomáticos profesionales: pasársela de un sitio a otro la vida entera, sin establecer relaciones profundas, sino generalmente de protocolo y superficie, desparramando ex - esposas o ex - amores e hijos (de distintos matrimonios) viviendo en países y continentes dispersos, dejados a cargo de terceros y metidos en internados de toda especie y lugar, entendiéndose en otros idiomas, con la vertiginosidad misma con que lo relato, y con más una agenda apremiante, atosigada de reportajes, presentaciones, jurados, cátedras, desplazamientos frecuentes, etc., etc. No sé si este es un modelo de vida grato o deseable. Hoy miro tales carreras más bien con reserva, y me consuelo pensando que, tal vez, fui afortunado por no llegar tan lejos como muchos grandes de la cultura. Pero claro, si se contraponen a ello los logros extraordinarios de un Carlos Fuentes en sus campos de desempeño, debería llegar a la conclusión de que sólo habrían sido posibles dentro de su modelo de vida, que quizá no difirió mucho del de otros colegas latinoamericanos del “boom”. Así las cosas, cabría pensar que las personalidades tan excepcionales escapan a la posibilidad de ser juzgadas con patrones corrientes como los de “buenos esposos” o “buenos padres de familia”, porque pareciera que si lo hubieran sido, jamás habrían llegado a producir lo que lograron, lo que me trae el recuerdo de Marina, la nieta de Picasso, cuando describió a su notable abuelo como “cruel, insensible, egocéntrico, ingrato, diabólico”. Un horror, que, sin embargo, no consigue tirar abajo la admiración que sentimos hacia tan genial artista.

Sin duda debe haber ejemplos de personalidades que encajen mejor en lo que los valores sociales dominantes definen como familias sólidas, estables, armónicas y previsibles. Pero la lectura del libro de Cecilia Fuentes y la información disponible sobre el devenir existencial de sus padres, parece imponer la conclusión de que los grandes creadores pertenecen

únicamente al mundo por ellos creado, incompatible con el de la vida real, la que nos toca recorrer a la mayoría de los mortales que nunca osaremos llegar tan lejos como lo hicieron ellos.

En fin, un creyente puede refugiarse en la expectativa del Juicio Final que proclame un veredicto sobre las vidas de quienes poblaron este mundo. Los agnósticos, lamentablemente, no gozamos de ese consuelo, y debemos resignarnos a la falta de respuestas terminantes. Más allá de cualquier juicio de valor, nos conformamos, entonces, con dejar señalado que “Mujer en papel” es un libro estremecedor, crudo y, en definitiva, profundamente humano.

Tigre, Provincia de Buenos Aires, 7 de agosto de 2023.